

## PRÓLOGO

**E**N agosto de 1958 apareció un anónimo artículo en *Look* titulado “The Bored, the Bearded and the Beat” junto a la fotografía de un peculiar personaje de atípico aspecto, el popular Hube “The Cube” Leslie. Poco después Herb Caen, en un artículo publicado en el *San Francisco Chronicle*, utilizaba por primera vez el término “beatnik” para calificar a los contestatarios jóvenes que en unos pocos meses se manifestarían contra la Guerra de Vietnam. Según Alfred Aronowitz, el recién acuñado calificativo “Beatnik” había surgido de la simbiosis de “Beat” y “Sputnik”, pues para Caen ambos conceptos le resultaban “igualmente remotos”.

Sea como fuere, lo cierto es que con ese “bautismo” nominativo, se identificó no solo a toda una generación de jóvenes, sino también a una forma de pensar, de actuar, de entender el papel del individuo en la sociedad. El “reinado beatnik”, en palabras de Dennis McNally, se inició en febrero de 1958 cuando la revista *Playboy* publicó tres artículos en los que, citando de nuevo a McNally, se “flagelaba la frialdad maileriana de los hipsters”, “refrigeradores enfermos que huían de la emoción...”. Joyce Johnson, ofrece distinta datación temporal y espacial al afirmar que “beat”, esa palabra de uso común durante la década de los cincuenta, “se oye por primera vez en una esquina de Times Square, en 1947, en boca del ángel hipster Herbert Huncke en un momento de evanescente exaltación fruto del agotamiento”. El 16 de noviembre de 1952, John C. Holmes publicaba en el *New York Times* un artículo

titulado “This is the Beat Generation”. También el propio Kerouac opinó respecto al término; y no sin cierta sorna y sarcasmo, pues según él la acepción más correcta de “Beat” tenía que ver con su propia raíz en tanto en cuanto se asociaba a “beatífico”. Personalmente he podido compartir mesa y mantel con dos autores asociados al Movimiento Beat, Lawrence Ferlinghetti, propietario de la mítica librería City Lights de San Francisco, y Gary Snyder, a quien se le atribuye haber introducido en el budismo a este grupo de escritores. Ninguno de los dos se sentía cómodo al ser identificado como “beatnik”.

Indudablemente se trataba de tiempos convulsos y en muchos casos marcados por el sexo y las drogas que señalaban el camino hacia la inevitable tragedia. En 1944 Lucien Carr apuñalaba a su profesor David Kammerer por un turbio asunto de índole sexual. Aunque Kerouac no tuvo nada que ver con el tema, fue detenido e ingresó en prisión acusado de complicidad; la única forma de pagar la fianza de 5.000\$ fue casarse con quien sería su primera esposa, Eddie Parker, pues su propio padre se negaba a pagar la fianza. Una nueva muerte acontecería en 1951, cuando William Burroughs, aturdido por el consumo de estupefacientes, mataba accidentalmente a su esposa en la ciudad de Méjico.

Pero aparte de este tipo de “anécdotas” y sea cual fuere el origen o particular acepción que cada uno de ellos confiriera al término “Beat”, hay un claro consenso al considerar que el movimiento Beatnik había surgido como respuesta y desde la imperiosa necesidad de cambiar la acomodada y complaciente sociedad norteamericana. Se trataba, en definitiva, de una refrescante y juvenil alternativa. En palabras de José María Prieto, autor del texto que introducen estas líneas, los beat “se propusieron dar la vuelta a la cultura dominante de la gente bien”. Las universidades se convirtieron rápidamente en los epicentros de este novedoso fervor revolucionario. En la de Columbia, corría el año 1944, cursaba su primer año Lucien Carr, cuya

historia quedaría marcada por el referido suceso de Kammerer, y puso en contacto a otros tres jóvenes inquietos y con aspiraciones artísticas. Me refiero a Allen Ginsberg –que años más tarde dedicaría su *Aullido* a Carr– Jack Kerouac y William Burroughs, quienes a la postre conformarían el alma y la esencia de lo que posteriormente vendría en denominarse “Generación Beat”. Pocas generaciones literarias logran trascender los límites artísticos y perdurar en el tiempo como referentes conceptuales para generaciones futuras. En los Estados Unidos tan solo los Trascendentalistas de comienzos del siglo XIX y los referidos Beatniks de mediados del XX han alcanzado tal gloria. Nadie recuerda a los “Knickerbockers” que encabezara Washington Irving en Nueva York y los “Southern Agrarians” que marcaron el ritmo poético, bajo la batuta de Allan Tate o Robert Penn Warren, en torno a la Vanderbilt University donde enseñaba John Crowe Ransom, no pasan de ser un capítulo más en los manuales de crítica literaria. Por qué, podemos preguntarnos, unos “lunáticos” de Nueva Inglaterra que deciden crear una comuna –Brook Farm– hace dos siglos, y unos “chiflados” contestatarios que se reúnen en California sí han logrado perpetuar su mensaje. La respuesta, indudablemente, no es unívoca y, además, concurren en ambos casos una serie de acontecimientos de índole político social coincidentes. Se puede mencionar, por ejemplo, que en los dos períodos los Estados Unidos vivían momentos de especial esplendor tras lograr la independencia de la corona inglesa y convertirse en la primera potencia mundial concluida la II Guerra Mundial respectivamente; también resulta coincidente la singular personalidad de los dos personajes que lideraron ambos movimientos, Ralph Waldo Emerson y Jack Kerouac; pero particularmente considero que es el componente filosófico que subyace tanto en el Trascendentalismo como en el Movimiento Beat el auténtico rasgo diferenciador, respecto a otros movimientos literarios.

Los emersonianos conceptos de la “Over-Soul” (Alma superior) o la “Inner Light” (Luz interior) resultaban especialmente atractivos para los contestarios jóvenes norteamericanos de posguerra para quienes la espiritualidad representaba un activo infinitamente más valioso que el rampante materialismo social del momento. Pero no eran solo los principios de los trascendentalistas; la filosofía oriental, en concreto los postulados zen, también resultaban propicios para mentes inquietas en unos momentos de rampante materialismo. También en Columbia impartía su docencia el profesor D. T. Suzuki (Daisetsu Teitaro Suzuki), considerado como la máxima autoridad zen en los Estados Unidos. El profesor Suzuki había influido en personajes tan variopintos como Huxley o Jung pasando por John Cage o Dixie Gillespie. A finales de la década de 1950 Kerouac ya tenía un cierto prestigio como escritor y tuvo acceso a entrevistarse con el profesor Suzuki. El encuentro con el octogenario filósofo, que tuvo lugar la tarde del 15 de octubre de 1958 y en el que también participó Allen Ginsberg, lo relata con todo detalle McNally en su biografía de Kerouac: preparó té verde, escribieron haikus, charlaron sobre religión china y un impetuoso Kerouac incluso aseguró que había experimentado *samadhis* (accesos de iluminación) de casi una hora (como le respondió el profesor un *samadhi* es atemporal y al mismo tiempo dura todo el tiempo). La entusiasta despedida pone de manifiesto la importancia del encuentro para Kerouac: “Me gustaría pasar el resto de mi vida con usted, señor.”

No obstante Kerouac tenía una cierta prisa en terminar la visita, pues debía acudir esa misma tarde a la presentación de su última novela, *Los vagabundos del Dharma*. Era la primera vez que Kerouac trataba de forma abierta el tema religioso, si bien ya *En la carretera* incluía implícitas evocaciones místicas, y, en términos vulgares, podríamos decir que los árboles taparon el bosque para buena parte de la crítica. Adjetivos contextualmente ofensivos

como “adolescente”, “juvenil”, “inmaduro”, “ingenuo”, fueron utilizados en reseñas de prestigiosas publicaciones. El subtítulo de la aparecida en el *Time* resume con claridad la generalidad: “Cómo los chicos del campamento llegaron a descubrir el budismo”. Algunas excepciones fueron las de Nancy Ross en el *New York Times*, lógicamente la publicada en el *American Buddhist*, y, sobre todo, la de Ginsberg en el *Village Voice* que calificó la novela como de “impresionante testamento místico”.

Y es precisamente la filosofía zen que encontramos, por ejemplo, en *Los vagabundos del Dharma*, más que el componente literario, la piedra angular de este interesante estudio realizado por el profesor José María Prieto Zamora. No es la primera vez que José María Prieto se aleja de su faceta laboral como catedrático de Psicología del Trabajo en la Universidad Complutense, para profundizar en otras disciplinas de índole oriental. *Haiku a la hora en punto* (Ediciones Vitruvio, 2007) o *Penetrante compasión: Cincuenta “Koan” contemporáneos* (Miraguano Ediciones, 2007; junto a Michael D. Wenger), constituyen una buena prueba de ello. No en vano el autor ha pasado largas temporadas en monasterios de práctica zen en Estados Unidos —especialmente en el SFZC, San Francisco Zen Center— y Japón.

El lector encontrará en *El Sutra de la Eternidad Dorada: Budismo y Catolicismo en Jack Kerouac*, de José María Prieto, una aproximación tan particular como singular al universo narrativo e interpretativo de Kerouac. Hace unos meses la editorial Anagrama publicó en traducción al español otros dos trabajos: *Kerouac en la carretera*, un estudio sobre la publicación y elaboración de la conocida obra del novelista elaborado por Cunnell, Vlagopoulos, Mouratidis y Kupetz; y un inédito del propio Kerouac y Burroughs, *Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques*, donde se recrea con cierta libertad los acontecimientos en torno al asunto Carr-Kammerer. Siendo recomendados y recomendables, que lo son, estos dos

títulos, ambos se ajustan a lo que ha sido la tradicional crítica en torno a los beatniks en general y Kerouac en particular. De similar índole es el encomiable ensayo de Sarah Haynes, *An Exploration of Jack Kerouac's Buddhism: Text and Life* publicado en *Contemporary Buddhism* (2005). El trabajo de José María Prieto, por el contrario, poco tiene que ver con el tipo de crítica literaria ortodoxa y parece surgir más del espíritu que del intelecto. En este sentido se aproximaría más a la *Note on the Religious Tendencies* de Gary Snyder en tanto en cuanto tiene más que ver con la “experiencia personal que con la teoría”. Las expresiones y lenguaje utilizado huyen deliberadamente del encorsetamiento academicista buscando por una parte la frescura expresiva y conceptual, y, al mismo tiempo, reclamando del lector una atención y sagacidad especial si no se quiere perder la sutil ironía, sorna en muchos casos, que es la auténtica marca de agua que ya encontramos en sus dos títulos de creación literaria anteriormente referidos. “Dando empujones / el viento se abre paso / entre las piernas” reza uno de sus imaginativos haikus. Se trata de un libro estética y conceptualmente diferente que intenta profundizar más en el creador que en la obra; más en la idea que en el texto.

La “bipolaridad religiosa”, si me es permitida la expresión, de Kerouac surge de la dualidad que significó criarse en una familia de profundas creencias cristianas y, por otra parte y con idéntica intensidad, sentirse espiritual e intelectualmente identificado con la filosofía oriental. Resulta tremendamente significativo que en su “Aftermath: The Philosophy of the Beat Generation” identificara a los beatniks como “characters of a special spirituality” (“personajes de una espiritualidad especial”). Lo que José María Prieto pretende con este libro es, precisamente, deconstruir el andamiaje de esa espiritualidad no solo especial, según Kerouac, sino también singular e irrepetible. Como el autor confiesa en los primeros compases: “El propósito es demostrar en estas páginas que Kerouac tenía una muy

notable cultura religiosa. Es decir, tenía un bagaje cultural de amplio espectro en el que habla de Dios con distintos nombres (monoteístas, politeístas, panteístas), menciona al Espíritu en sus múltiples disfraces y establece un nexo entre ser y estar en la temporalidad.”

Pero los logros de este volumen van más allá de los propósitos del autor, y, como ya se ha apuntado, de la crítica literaria, pues posiciona a Jack Kerouac en la órbita de los escritores budistas.

José Antonio Gurpegui  
Catedrático de Literatura Norteamericana  
Madrid, 20 de septiembre de 2011